

Refugiados. Víctimas del desgobierno y la indiferencia

Suplemento del Cuaderno n. 195 de CJ - (n. 229) - Septiembre 2015
Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona - 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

59,5 millones¹

Ésta es la cifra de personas que en 2014 se encontraban desplazadas de su lugar de origen a causa de persecuciones, conflictos, violencia generalizada o violación de derechos humanos. Pero 59,5 no es sólo una cifra, sino multitud de rostros y de historias que constituyen lo que hoy en día sería el 24º país más poblado del mundo. Impresiona las dimensiones de esta tragedia, pero aún impresiona más cuando dejando la foto fija observamos que esta cifra se ha incrementado en 8,3 millones de personas con respecto al año 2013. Esto supone que durante el año 2014, cada día 42.500 personas tuvieron que abandonar sus casas buscando protección en otro sitio.

Un mundo en guerra

Este incremento se debe en buena parte a la guerra de Siria. Según el informe de Amnistía Internacional² de junio de 2015, casi 4 millones de mujeres, hombres y

niños se habían visto obligados a abandonar el país en lo que se considera una de las crisis de refugiados más graves de la historia. Pero no sólo Siria ha contribuido a esta fatal tendencia, sino que también lo han hecho la persistencia o el empeoramiento de conflictos en muchos lugares del mundo. En el África subsahariana, con conflictos nuevos y viejos como la guerra civil en Sudán del Sur, en la República Centroafricana, en Etiopía, en Uganda, en la República Democrática del Congo y en Sudán; en la zona de Asia y el Pacífico, con los casos ya casi endémicos de Afganistán y de Pakistán; en América Latina, con Colombia al frente; en la zona de Oriente Medio y del norte de África, profundamente desestabilizada estos últimos años, desestabilización que ha conducido a importantes movimientos de población en diferentes direcciones; y, finalmente, en Europa, sí, también el continente europeo ha visto durante el año pasado un aumento del número de personas refugiadas a causa del conflicto del este de Ucrania, hasta estimar en cerca de 250.000 perso-

nas las que tuvieron que huir hacia la Federación Rusa.

Desde principios de siglo no había en el mundo un mapa de conflictos tan extenso y con tantos fuegos abiertos a la vez como el que tenemos en el presente.

Retornos, reasentamientos y plena ciudadanía

Aunque hablamos globalmente de refugiados, lo cierto es que entre estos casi 60 millones de personas desplazadas hay una enorme variedad de situaciones. 19,5 millones serían propiamente refugiadas y, por lo tanto, personas que han tenido que abandonar su país de origen; 38,2, desplazados internos y 1,8 millones demandantes de asilo³. Es importante tener en cuenta esta categorización porque determina las tres soluciones que en este momento se ofrecen:

El retorno voluntario hecho, sin embargo, en condiciones de seguridad y dignidad. Esto sólo será posible cuando en los países en conflicto tengan lugar procesos de paz estables y seguros que garanticen el retorno. Por desgracia los datos son poco alentadores. Durante el año 2014 solamente 126.800 refugiados decidieron retornar y lo hicieron con la asistencia de ACNUR⁴. Este número de retornados es el más bajo desde 1983. Por sí solo, este indicador nos tendría que alarmar, ya que nos indica una extensión de la inseguridad y el conflicto, así como una creciente incapacidad para su resolución pacífica.

Otra solución es la del reasentamiento. Ante la imposibilidad de retorno a medio y largo plazo, y para evitar la masificación y la cronificación de determinados campos de refugiados, algunas personas son reasentadas en otros estados. Sin embargo, los países de acogida tienen unos criterios de selección muy estrictos

que sólo benefician a los más capaces, en cambio las personas más vulnerables (viudas, gente mayor, enfermos crónicos) han de quedarse en los campos. 26 países acogieron así a 105.200 refugiados. Se trata de cifras superiores a 2013 pero claramente insuficientes para absorber el número creciente de refugiados. Estados Unidos sigue siendo el país que más refugiados acoge, seguido de Canadá, Australia y Suecia. En este sentido el compromiso de la UE de establecer cuotas de acogida a los estados miembros supone un paso adelante en esta solución estable y duradera para muchas personas refugiadas.

Y finalmente, la incorporación a los países de destino a través de procesos de integración legal, económica y cultural que facilita a las personas refugiadas el poder iniciar una nueva vida en los países receptores disfrutando de los derechos de plena ciudadanía. No obstante, solamente 27 países han informado sobre procesos de este tipo para 32.100 personas.

Mirando estas cifras es fácil darse cuenta de hasta qué punto todas las soluciones puestas en marcha para garantizar una vida digna a los refugiados son absolutamente insuficientes. Mientras tanto, éstos sobreviven en enormes campos en unas duras condiciones de vida, o bien emprenden trayectos desesperados aprovechando las mismas rutas migratorias. Sometidos en estos casos a las dinámicas de tráfico de personas, y con un riesgo enorme para sus vidas, como lo corroboran las cifras de muertos y desaparecidos muy cerca de nosotros en el Mediterráneo. No podemos seguir contemplando este drama con la indiferencia y la pasividad actuales. Pensemos que el 51% de las personas refugiadas son menores de 18 años. Trayectorias truncadas y condenadas a un no-futuro cuando apenas despiertan a la vida.

Activar políticas internacionales

Ante este panorama se requiere una reacción de los estados y de los organismos internacionales que hasta ahora no se ha producido. Esta fragmentación de los conflictos parece haber dado la sensación de guerras de baja intensidad, y sólo el caso de Siria ha conseguido despertar una verdadera atención internacional. El resto de conflictos se desarrollan en medio de un silencio mediático mortal que deja las poblaciones en manos de los señores de la guerra y de los comerciantes de armas, los verdaderos ganadores de esta situación. Urge una reactivación del papel de las Naciones Unidas y de sus agencias tanto en lo que respecta a la prevención de los conflictos como también a su resolución pacífica y negociada. De prolongarse el actual desgobierno mundial pueden cronificarse, en determinadas zonas, situaciones de guerra que acaben extendiéndose a estados limítrofes sobre todo cuando estos estados son débiles.

Paralelamente hace falta dar mayor dimensión y relevancia a las políticas de reasentamiento y acogida en el caso de aquellos conflictos que se alargan en el tiempo. Pensemos que actualmente los países que más refugiados acogen son Turquía, Pakistán, el Líbano y la República de Irán. Quizás el caso más destacado es el del Líbano, un país de 4 millones de habitantes y donde actualmente se encuentran 1,15 millones de refugiados, situación que está llevando al límite las capacidades socioeconómicas de acogida de este pequeño país, con todo el riesgo que ello comporta. Crisis como las que hemos vivido tan cerca en el Mediterráneo, y que han provocado que Italia pidiera la solidaridad del resto de países de la UE, obligan a activar a nivel internacional rutas seguras de reasentamiento de refugiados que eviten que éstos tengan que caer en manos de los que trafican con la vida de las personas.

En un momento en el que el número de refugiados no para de crecer, tenemos que considerar literalmente como criminales aquellas políticas de “seguridad” que tiendan a blindar fronteras y a levantar muros. Es el momento de la solidaridad activa, de la búsqueda conjunta de soluciones, y en esto las opiniones públicas de los países potencialmente acogedores tenemos que ser mucho más conscientes, claras e insistentes ante nuestras autoridades. Y es que además, como países productores de armas, como participantes en dinámicas de explotación de recursos y de materias primas, o simplemente como actores internacionales con silla en los consejos de seguridad de las Naciones Unidas, ¿tenemos que negar cualquier responsabilidad sobre la actual situación de inestabilidad y desgobierno mundial? ¿Tenemos que seguir esperando indiferentes a que en 2015 el número de personas desplazadas siga creciendo hasta llegar a los 70 millones de personas?

“Recuerda...”

Y toda esta situación, como ya hemos dicho, tiene rostros concretos como el de Leila. Tiene 27 años y es madre de cuatro criaturas. A los 23 años de edad tuvo que dejar su casa en Sudán y anduvo durante semanas huyendo de los bombardeos indiscriminados sobre la población civil del gobierno de Khartoum. Cuando llegó a Maban (Sudán del Sur), se instaló con 130.000 refugiados más buscando acogida. Actualmente se encuentra atrapada entre dos guerras, la guerra de la que huyó en su país de origen y la que ha estallado en el país que la acoge. Desea poder volver un día a su país con sus hijos; pero de momento la violencia no se lo permite. Cuando le preguntamos qué es lo que más echa de menos, responde “añoro el hogar y los familiares que no pudieron huir con

nosotros. Los echo de menos y me gustaría mucho poder volver a verlos”.

Leila forma parte de un nuevo pueblo, el pueblo de los que lo han tenido que dejar todo para salvar su vida y la de los suyos. Su existencia y su dolor no nos tendrían que dejar indiferentes, y más cuando formamos parte de una tradición que lee palabras de advertencia como éstas: “Recuerda que también tú fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí desplegando gran poder” (Dt 5,15).

Nuestra tradición empieza con un pueblo que huía de la opresión y la esclavitud. La memoria nos tendría que ayudar a entender hasta qué punto hoy en día se hace necesaria la acogida incondicional de los que viven la experiencia del exilio: “recuerda”. Memoria contra una instalación que nos hace miedosos, memoria que nos tendría que impulsar a vivir abiertos al deseo de articular una hospitalidad y una acogida no sólo a nivel personal, sino también a nivel comunitario y nacional. Como personas y sociedades que un día fuimos refugiados y que formamos parte de una tradición que nos “recuerda” nuestro origen... no podemos permanecer indiferentes a la situación que viven 59,5 millones de personas de todo el mundo. Darles la espalda supone también negar aquella humanidad que nos hermana. Una humanidad herida por la injusticia pero a la vez llamada a vivir fraternalmente.

Acompañar, servir y defender

Una respuesta concreta a esta situación es el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS). Desde hace 35 años el JRS ha articulado con estas tres palabras una manera de responder a esta brutal realidad de desplazamiento forzado de millones de personas. Quizás puedan también inspirar nuestra solidaridad personal y comunitaria.

Acompañar significa permanecer junto a las personas refugiadas, escuchar su historia y reconocerla, en definitiva, establecer una relación personal y un vínculo.

Servir encarna la decisión de construir juntos alternativas a un exilio demasiado largo, ofreciendo educación, formación y otras actividades que dignifiquen esta espera y que eviten que la persona acabe cayendo en la depresión y el desánimo por la añoranza.

Defender exige analizar, entender y denunciar las causas que obligan a tantos millones de personas a vivir como refugiadas, para poder incidir en las raíces profundas de los conflictos armados.

Acompañar, servir y defender son tres dimensiones que se necesitan, enriqueciéndose mutuamente. Son tres dimensiones que nos permiten concretar la fraternidad y reconstruir la esperanza allá donde todo parecía perdido.

Pau Vidal
Santi Torres⁵

-
1. La mayor parte de los datos pertenecen al informe de UNCHR *Global Trends 2014* presentado el pasado mes de junio.
 2. AMNESTY INTERNATIONAL, *The Global Refugee Crisis: A Conspiracy of Neglect*. Junio de 2015.
 3. Habría que añadir aquí a las personas apátridas. Aunque la UNHCR tiene noticia de 3,5 millones de personas, la cifra total según estimaciones se acercaría a los 10 millones.
 4. Más elevado fue el nombre de desplazados internos retornados: 1,8 millones durante el 2014. Pero continúa siendo un número bajo en relación a años anteriores.
 5. Pau Vidal es jesuita responsable del proyecto del Jesuit Refugee Service (JRS) en Maban (Sudán del Sur). Santi Torres es jesuita director adjunto de Cristianisme i Justícia y miembro de la Fundación Migra Studium - Servicio Jesuita a Migrantes (Barcelona).